

Hugo Bouter

¿Qué hará este hombre?

Sobre el discipulado en ausencia del Señor

Pedro, Juan y sus ministerios

En la pesca milagrosa de Juan 21 vemos una alusión a la tarea de Pedro con respecto a los gentiles. Pero en su encargo de cuidar las ovejas, tenemos una descripción de su cuidado del rebaño judío (cf. Jn 10:3-4; Gá 2:7-9; 1 y 2P). El amor por el Señor Jesús debía ser el motivo de tal servicio, como lo es de todo servicio. «Servíos los unos a los otros por amor» (Gá 5:13; cf 1Co 13). ¿Amamos realmente al Señor? Entonces Él quiere que cuidemos de su rebaño, que alimentemos a los corderos y cuidemos y apacentemos a las ovejas.

Luego se le dijo a Pedro el precio que tendría que pagar por ser discípulo del crucificado. Iría con Él, tanto a la cárcel como a la muerte (Lc 22:33; Hch 12:3ss.; 2P 1:14). Había sido su ardiente deseo en el aposento alto, pero a la sazón no pudo seguirle (Jn 13:36-38). En este camino del discipulado – lleno de sufrimiento – sería como su Maestro, pues glorificaría a Dios con su muerte (vv 18-19).

A continuación, nuestra atención se dirige de nuevo a Juan, el discípulo amado. El Señor le dijo a Pedro que le siguiera, repitiendo su vocación original de discípulo: «Sígueme» (Mt 4:19). Sin embargo, Pedro se volvió y miró a Juan (v 20). Al ver que el discípulo amado también seguía al Señor, se inquietó por saber qué pasaría con él. ¿Qué va a pasar con este hombre (v 21)? ¿También tendría que morir como mártir? La respuesta de Jesús a esta pregunta fue: «Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué os importa? Tú sígueme» (v 22). El discipulado es ante todo una

cuestión personal. Juan seguía al Señor por su propia cuenta, no necesitaba una orden especial para hacerlo.

En este contexto, el evangelista nos recuerda lo que había sucedido en el aposento alto (v 20). Como el discípulo amado había ocupado un lugar de confianza con el Señor, no le costó entender Su voluntad y seguirle era algo natural para él. De este pasaje se concluye que, aunque tengamos un Maestro en común, cada discípulo tiene que seguirlo personalmente.

El interés por mi hermano puede degenerar fácilmente en intromisión. Por eso el Señor exhorta a cada uno por separado a seguirle. Cada discípulo tiene un lugar y una tarea particular. El Señor es el único que decide lo que va a pasar con mi hermano o mi hermana, y el camino que Él dirige es bueno. Eso no significa que debamos ser independientes unos de otros. Así lo demuestra el bello ejemplo de Pedro y Juan trabajando juntos en el servicio del Maestro (Hch 3:1; 4:13; 8:14). Sin embargo, los dos apóstoles tenían unos ministerios propios y especiales, lo cual queda claro en las Escrituras inspiradas que dejaron a la Iglesia.

Ya hemos visto que al apóstol Pedro se le confió el cuidado del rebaño que Cristo sacaría del redil judío. Por si fuera poco, había otras ovejas que añadir, y no eran de este redil: los creyentes gentiles (Jn 10:16). Dios también concedió a los gentiles el arrepentimiento para la vida, como podemos observar en el libro de los Hechos. Para ellos debía abrir Pedro la puerta de la fe (Hch 10 y 11). Debía echar la red del Evangelio en el mar de los pueblos y naciones y arrastrarla hacia la orilla, llena de buenos peces.

El apóstol Juan, sin embargo, recibió una tarea diferente y menos llamativa. Su ministerio se refería más bien a la persona del propio Señor, a quien conocía tan bien. Esto ya lo sugería su lugar de intimidad en el seno de Jesús. Por eso él escribió sobre el verdadero conocimiento del Señor Jesucristo, la Palabra de vida, esa vida eterna que estaba con el Padre y se nos manifestó, pues el Verbo eterno se hizo carne y habitó entre nosotros. Este conocimiento de la Persona de Cristo es vivificante y da lugar a la comunión espiritual con el Padre y el Hijo (Jn 17:3; 1Jn 1:1-4). La verdad de que Jesucristo ha venido en carne es el fundamento firme que permanece (1Jn 4:1-6). Permanece a pesar de toda la decadencia y el grave fracaso en responder a nuestro llamado celestial.

Mientras que el ministerio de Pedro se relaciona con el período inicial de la Iglesia – y el de Pablo con la plenitud de su vida –, el ministerio de Juan se relaciona con el tiempo final. A esto aludió el Señor al decir: «Si quiero que permanezca hasta que yo venga». Estas significativas palabras implican que la tarea de Juan debía abarcar todo el período hasta la segunda venida de Cristo. Basta pensar en el último libro

del Nuevo Testamento, el Apocalipsis, que da una idea de las cosas del fin de los tiempos, las que tendrán lugar después del período de la Iglesia (Ap 1:19). Pensemos también en el evangelio de Juan y sus epístolas, que tratan de la verdad que estaba desde el principio y que estará con nosotros para siempre. Estos escritos contienen una verdad que no puede afectarla el fracaso humano, pues dan testimonio de esa vida eterna manifestada en la tierra y que ahora es nuestra porción asegurada en el Hijo.

Cuando el Señor llamó a sus primeros discípulos, Pedro estaba echando la red al mar, mientras que Juan se ocupaba de remendar las redes (Mt 4:18-22; Mr 1:16-20). Estas actividades dispares son típicas de los distintos ministerios de estos dos apóstoles. Pedro fue el que echó la red, iniciando la obra de la reunión de la Iglesia. Juan, no obstante, fue quien remendó las redes, es decir, su ministerio proporciona lo necesario para continuar la obra cuando está amenazada por la corrupción, cuando ha comenzado el declive, cuando ha entrado el mal. Lo vemos en su lucha contra los falsos maestros, que no respetaban la doctrina de Cristo. Escribió sobre los muchos anticristos que negaban que Jesucristo se hubiera encarnado (1Jn 2:18; 4:1-6; 2Jn).

Hasta que Él venga

Por último, el ejemplo de Juan nos enseña que debemos esperar el regreso glorioso de nuestro Señor. Un discípulo puede tener que perder su vida por su testimonio, como Pedro, y otro puede permanecer hasta la venida del Señor, como Juan. No sabemos qué camino nos ha trazado el Señor. Todo depende de Su voluntad. Cada uno debe seguirle personalmente y servirle mientras espera su inminente regreso. Debemos actuar como siervos veladores.

Esto también lo muestra el Señor en la parábola de las diez minas: «Haced negocios hasta que yo venga» (Lc 19:13). Quizás el Señor nos deje aquí hasta el momento de su venida. Entonces, quienes permanezcamos vivos seremos transformados y arrebatados junto a los muertos resucitados para encontrarnos con el Señor en el aire (1Co 15:51-52; 1Ts 4:15-18). Juan representa la primera categoría, las personas que permanecerán hasta la venida de Cristo. Pedro representa la segunda categoría, quienes han muerto, pero serán resucitados a la voz emitida por el Señor.

Los últimos versículos de Juan 21 confirman que el discípulo amado es el autor de este Evangelio: «Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y las ha escrito; y sabemos que su testimonio es verdadero» (vv 24-25). Qué agradecidos

debemos estar por la buena noticia que ha escrito para que creamos «que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y que creyendo tengamos vida en su nombre» (Jn 20:30-31). Que el ejemplo de Juan, el discípulo amado, nos estimule a ser mejores seguidores de Cristo. Que, como él, aprendamos a tener comunión con nuestro Señor en lo alto, a ponernos del lado del crucificado, a vivir en la tierra con el poder de Su resurrección y a esperar Su regreso mientras trabajamos para Él.

